Y aixís se diverteixen tots los obrers dels pobles
Y aixís ánimo cobran per sos trevalls portar.

Acavan las balladas; la nit se 'ls tira á sobre,
Los vells s' en van á casa, los joves á sarau
Que 'n aquell dia 'l barri no hi ha cap home pobre,
Y en tant estent serena, la nit, son manto blau.

S' acaba lo programa; césan las bellarugas,
Tothom n' escampa vías correns y cap al llit,
Es tart miréu quín' hora; jo 't flich ja son las dugas,
Als pochs moments ja dorman, y acaba 'l gran bullit.

GUILLÉM CONFORTATÍU.

Un protector contrariado

(En casa el dentista.)

—D. Nicomedes. . . . D. Nicomedes.

—Caramba, D. Ambrosio y D.^a Luciana por aquí?
¡Cuanto me alegro!

—Bueno, bueno, dejémonos de músicas y vayamos
al caso, porque lo que es yo, no puedo aguantar ni
un segundo mas estos sufrimientos.

—Pues, ¿y eso?

—Mire V., empiece por arrancarme si quiere toda
la dentadura. con tal de que acabe con ese dominio
de dolor.

—Calma, hombre, calma. Verá que pronto aturdi-
mos á esos imprudentes seres.

—¿Ha dicho V. seres?

—Si, señor, si, animalitos son los que tal dolor le
producen; son microbios.

—Pero, ¿será esto verdad?

—Ya lo creo.

—Parece que ya me vá calmando, dispénsame V.
y retiro mis palabras. Ya no me arranco las muelas.

Jesús y que barbaridad iba á cometer. Arrancarme
las muelas para producir la muerte á un sinnúmero de
seres inocentes, á un sinnúmero de hermanos míos.
¡Que peso iba á quedar en mi conciencia!

Estoy bien seguro que si me han atormentado es
porqué ignoraban quien era yo.

Ve V. D. Nicomedes (dice D.^a Luciana) que ideas
tan *estupendas* oculta mi marido.

—Pero mujer, ¿ya vuelves con tus trece?

—Verás, ahora que estamos con D. Nicomedes,

que es de nuestra confianza, quiero que lo sepa todo,
después ya te defenderás.

Pues si señor; desde que mi querido Ambrosio se
metió socio de la Protectora de los animales y de las
plantas, que hará unos dos años, soy una verdadera
mártir pues nuestro piso está convertido ni mas ni
menos que en una pocilga. En él hallará V. gatos, pe-
rros, monos etc, en una palabra, todo lo que pueda
hallarse en una colección zoológica.

Los ratones andan por allí como D. Pedro por su
casa y cuidado que les incomode porque enseguida
se pone hecho una fiera. Se lo digo hace dias; sigui-
endo así no tenemos mas remedio que separarnos.

El otro día tuvo un gran disgusto porque uno de
los gatos mató un ratón, ayer se puso furioso porque
traje á casa un aparato para cojer las moscas, es de-
cir que siempre le verá malhumorado por cosas por
el estilo.

—Pero D. Ambrosio, debe V. cambiar ese proce-
der, porqué con esas manías me parece no irá á nin-
guna parte.

—Es inutil cuanto me digan, á mi nadie me con-
vence, pues estoy segurísimo de mis ideas y considero
que como sufre un escarabajo, sufre un elefante y una
persona y por lo tanto hay que respetar á los anima-
les como á nosotros mismos. Además, si aun no es
nada lo que hago yo en comparación con mi amigo
Serafin Nuñez. ¡Este sí que se sacrifica! Figúrese si
es buen protector que para no ofender al reino vege-
tal ni animal, vive exclusivamente del mineral y mire
V. á sus hijos que robustos y sanos están.

—Precisamente el Sr. Nuñez estaba conmigo en el
comedor cuando Vdes. han entrado y aun se aguarda.
Le tengo muy conocido y me parece que no es tan
fanático como V. dice.

—Pero, ¿está aquí el Sr. Nuñez?

—Si señor.

—Pues hombre, que venga, verán Vdes. como les
convence.

—Amigo Nuñez, vienes á las mil maravillas.

—¿Y eso?

—Vamos á sacar á esta gente de dudas. Dime, ¿no
es verdad que hace mas de dos años que vives del rei-
no mineral exclusivamente?

—Si señor. (D. Ambrosio rebosa de satisfacción.)

—Y como se comprende (Dice D.^a Luciana)

—Pues muy facilmente. Vivo de unas minas de plo